Satélite

Matías Castro

*

Antes de hacernos amigos estuve enamorado hasta la tusa de Maira. Cuando supe que todas o una abrumadora mayoría de las películas que me había pasado con ella se quedarían en los vastos dominios de la ficción, casi me muero, pero llevé la procesión por dentro y solo le dije que a mí tampoco me gustaban los hombres. Después de la talla, claro, vino la sinceridad más dura, esa que te puede desarmar o termina al fin encajando las partes que parecen inestables cuando nos llenamos de palabras que evitan nombrar la realidad tal como es. Y de ahí unos silencios pesados. Disculpas mutuas y la incertidumbre, el deseo de que ciertos eventos nunca hubieran ocurrido y que la vida volviera a un punto del pasado en que todo parecía más simple y placentero.

Pasaron varias semanas hasta que volvimos a hablar. No fue un regreso natural ni amistoso, tan solo pasó que no aguantamos seguir compartiendo tantos espacios en silencio. Al principio fue algo agresivo, pero conforme avanzó el tiempo pudimos retomar algunos temas que siempre ocuparon nuestras antiguas conversaciones, fingiendo que teníamos la misma confianza que antes. Fue difícil, pero ambos siempre admiramos cómo el mismo tiempo horadaba hasta las uniones mejor soldadas y juntaba aquellos elementos que

en su individualidad parecían distantes e incompatibles. Veíamos esas jugarretas como niños, impresionados de esto que pasaba frente a todos y tan pocos notaban, pues parecía tan obvio que no valía la pena pensar en ello. El mismo tiempo dirá qué pase con nosotros, le dije mientras nos alejábamos de la pega. ¿Ya no somos amigos?, me preguntó. Bueno, nunca hemos sido amigos, pero siempre podemos empezar a serlo, le respondí, arrepintiéndome al par de cuadras de cada una de esas palabras, pero sintiéndome incapaz de rectificarlas por el miedo a perder todo contacto con ella.

Los motivos de su rechazo deberían haber sido suficiente evidencia para parar un momento y a otra cosa mariposa, pero por alguna razón que entonces me era desconocida o solo intuía -y no tenía la fuerza ni disposición para llegar al fondo del asunto- seguí cerca de ella. Y a pesar de que esperaba que en algún punto este impulso romántico fuera desapareciendo o encontrara otra figura a la que dedicar tanta energía, no pasaba, al contrario, adquiría distintas formas que interpretaba equivocadamente como una señal de madurez. ¡Qué época!, pienso ahora, de viejo, pero para eso se es joven, para inventarse historias y vivirlas, ojalá historias disparatadas y peligrosas que le den un sabor adicional a la vida, que muchas veces empieza a perder su sabor al añejarse.

Hablábamos todos los días. Salíamos a comer. Conocíamos a las personas que nos rodeaban. Me llevaba bien con sus padres y ella con mi mamá. Su hermana me tenía un apodo que no me gustaba y

yo la trataba de pergenia, pero ella no tenía idea qué quería decir y se mataba de la risa. Íbamos a fiestas y cuando se nos hacía más tarde dormíamos juntos, hombro con hombro, en algún paradero, con la borrachera viva y esperando que avanzara el reloj y con las últimas sombras de la noche arrancando empezaran a pasar micros. Incluímos en estas dinámicas, siempre que se pudo, a nuestras parejas, que algunas veces miraron feo tanta confianza y terminaron convirtiéndose en fugaces aventuras que luego derivaron en recuerdos difusos y hasta chistosos. Irene, Marta -un nombre demasiado parecido como para que llegara a funcionar-, Paula -que me coqueteaba cuando Maira le soltaba la mano- y así, una que otra más, hasta que llegamos a Flor.

Yo estuve un tiempo con Pía y Maira empezó a salir con Flor. Tímidamente, al principio, pues Maira todavía guardaba para sí la mayor parte de su vida privada -al contrario de Flor, que era abierta, y puede que en eso radicara su simpatía- y jugaba al misterio con quienes le coqueteaban o la invitaban a salir. Otros, los más paranoicos, seguían creyendo que éramos novios o, cuando resultaba que yo era el emparejado, amantes que aprovechaban las esquinas sin cámaras para pegarnos un revolcón en hora de trabajo. No, flaco, yo estoy con la Pía, les respondía cuando estaba con Pía, pero luego terminamos y pasé un tiempo soltero. Durante esos meses Maira seguía con Flor, así como cuando conocí a Bárbara, como cuando pasé un semestre en México o cuando celebramos mi

cumpleaños número treinta. Entonces la presentó como su novia y noté varias veces que la miraba de una forma distinta, decidida. Y usted mijito, preguntó una tía, tan encachao y soltero, no me diga que juega para el otro equipo. Cuál equipo, tía, le dije y caminé hacia el patio, sosteniendo apenas un vaso de vidrio a medio vaciar.

Al tiempo, por supuesto, se fueron a vivir juntas, venciendo el temor a lo desconocido y armando una casa de lo más acogedora. En cada visita me parecía estar más completa y se me hacían menos evidentes los espacios perdidos. Era muy difícil distinguir cuáles eran los muebles de Maira y cuáles los de Flor, así como imaginar qué espacio ocupaba cada una cuando buscaban escapar del ruido. Qué lugar del sillón ocupaba cada una cuando discutían o trataban de ponerse de acuerdo respecto a cómo abordar el futuro, si Flor, que estaba convencida de que yo era el indicado, se ubicaba a la derecha o Maira ocultaba sus dudas en ensoñaciones que las alejaban del punto en cuestión apoyando su espalda en el brazo izquierdo del sillón. Era, insisto, casi imposible adivinarlo, y quería hacerlo, anhelaba ser parte como en otro momento lo fui, entonces no es difícil entender por qué les dije que sí.

Preparamos el terreno durante poco más de cuatro meses. Nos juntábamos cada tres días y hablábamos del asunto, establecíamos acuerdos y nos preguntábamos si queríamos seguir adelante. Evaluábamos los posibles escenarios y cómo los enfrentaríamos. Por lo general las conversaciones se desviaban hacia otros caminos, pero

éramos capaces de encaminarlas al rato. Esto, no obstante, hizo que cada sesión durara más que la anterior y que ya en las últimas sintiéramos la necesidad urgente de empezar -así lo dije yo, en un arranque de espontaneidad- para materializar todas esas escenas que moldeamos casi a la perfección cuando fueron ideas. Ya empezamos hace rato, dijo Maira, sosteniendo la mano de su novia en un gesto de complicidad que se completó cuando Flor tomó la mía.

*

Lo hicimos a diario, durante dos semanas. En lo que dura un pestañeo nos encontramos los tres brindando por el embarazo de Maira. El lugar estaba lleno, pero sentí por unos segundos que no había nadie alrededor, que el boche desaparecía y que aunque estábamos en silencio nuestros gestos comunicaban cuanto necesitábamos decirnos y no había nada nocivo en todas las palabras que podíamos entregarnos, sino todo lo opuesto.

*

No me gustaba el nombre Lou. Nico me parecía extraordinario, pero como a los tres meses ya sabíamos que no había opción de llamarlo así, a menos que lo consideráramos como un apócope de Nicolás, nombre que a ninguno de los tres nos parecía atractivo. Poco pasó hasta que empecé a encontrarle el gusto a Lou, no por cómo sonaba

sino por todas las imágenes que asocié. En lugar del rostro carreteado y malas pulgas que me vino a la cabeza las primeras veces que entró en discusión el tema ubiqué uno amable, brillante en su sinceridad infantil. Al decir o escuchar Lou pensaba en las piernas diminutas que tomaban fuerza y sostenían una cómica estructura que en cada tambaleo me ayudaba a entender un poco más quien era yo, pensaba también en las fotos de su primer día de clases que me envió Flor y que me obligaron a detener lo que estaba haciendo, para observar con detenimiento la corbata arreglada, la sonrisa nerviosa y el abrazo de sus madres que no podían más de dicha.

Lou y la vez que se cayó del triciclo y no se quiso parar porque desde esa parte del mundo el pasto se veía más lindo, Lou olvidándose la letra y sudando de nervios porque el coro seguía cantando y se venía la parte en que solo las voces de los hombres se escucharían, Lou y el fin de semana en que dio su aprobación para casarme con Susana porque, según sus propias palabras, olía rico. Él y las imágenes que lo acompañan y que ahora son parte de mis recuerdos, lo único que resta de esa época. El bálsamo a todas esas tardes en que la vida se detiene y vuelve la vista al pasado para juzgar qué tan eficiente he sido con los materiales que se me han ofrecido.

A la sombra de un árbol gigante y con el desierto a la vuelta de la esquina, por ejemplo, es imposible no recordar la vez que Maira llamó muy tarde y entre palabras aceleradas y llantos que las entrecortaban, sollozos conmovedores, me preguntó si él estaba

conmigo, porque hacía horas se largó de la casa súper enojado, dijo, y no tenemos idea de dónde se fue. Ya me había pedido que le comprara un teléfono, por lo que sabía de su rebeldía ante estas normas que le establecían Flor y Maira, rebeldía que detonaba con ímpetu volcánico cuando eran reforzadas con la negativa a sus intentos de romperlas. No se medía y fácilmente uno terminaba cargando con el peso de sus recriminaciones por varios días. Y como costaba un montón entender el valor de esas experiencias no fuimos lo suficientemente prudentes o perceptivos o inteligentes o cualquiera sea el adjetivo adecuado, cualquiera sea, no lo fuimos y pasamos por alto un montón de señales: el escape de ese día, el que vino dos meses después o cualquiera de los sucesivos, el pololeo con esta mujer mayor o repetir tercero medio por inasistencia. Era muy difícil anticipar un juicio certero en ese entonces, pues estos eventos, bien aislados en el tiempo, eran matizados con los innumerables te quiero y las tardes que disfrazadas en conversaciones anodinas eran pródigas en sentido.

O no acordarse que tras decidirme a venir por cuarta vez a Marruecos, Susana me exigió aceptar la realidad y dejarme de cuentos. Han pasado muchos años y ya ni siquiera sus madres van, dijo, suplicante, incapaz de ocultar cuánta lástima sentía al verme moviendo el ratón y aceptando los términos y condiciones, buscando la tarjeta de coordenadas y evitando deliberadamente su mirada, agachando la cabeza y masticando la rabia que me acompañaba

hacía tanto y a veces soltaba en un lamento que me revelaba famélico.

Debería haber escuchado mejor y quizás las cosas serían distintas, o al menos habría retenido algo más, no solo esos momentos que se exhiben como en un álbum fotográfico que pasando las páginas se va deteriorando, hasta terminar en la postal que muestra el quiebre definitivo con Maira, quien necesita olvidar al menos una parte de esto que la atormenta. Oía los rezos nocturnos que se multiplicaban en la ciudad y entraban por la ventana del hotel. Y otras noches, en que estaba más apabullado, creía oir la voz de Lou, las voces de ellas, y parecían lejanas, pasadas por veinte filtros, pero siempre expresaban lo mismo. Maira: determinación. Flor: pena. Lou: desesperación. Y se repetían en los días posteriores, mezclándose con frases y oraciones que sí habían sido dichas.

Las empinadas calles de Tánger cada tanto ofrecían esquinas llenas de colores, pero en general me parecían tristes y no podía sentir la compañía de esos comerciantes o turistas con los que uno inevitablemente chocaba cada tres pasos en aquellos estrechos pasajes oscuros donde era fácil perderse o ser perdido, pensaba yo, alejándome de las ilusiones cándidas -encontrar en una esquina a Lou, tomar su mano, viajar hasta Perú, Bolivia, Ecuador, donde fuera que estuviera Maira, y escucharla otra vez, verla, apreciar cómo la vejez ha aumentado su belleza- que me habían llevado tan lejos. Mañana voy a tal parte, le decía a Susana. Cuídate, me decía y nada

más, y yo no sabía si la videollamada se había pegado o el tiempo había decidido, como si no fueran suficientemente claras sus determinaciones, detenerse por ratos para que nos observáramos y yo pudiera aceptarlo todo y dejara de dar pasos hacia los lados. Así que avanzaba, pero terminaba en los mismos lugares y pensaba que en calles como estas que parecen túneles o pasadizos a lo desconocido estuvo una o varias veces Lou, y de seguro se detuvo a mirar esos recuerdos que versionaban lámparas como las de Aladino o a conversar con los tenderos, a probar alguna comida que no conocía y a regatear los precios exagerados que cobraban por una túnica o un par de babuchas. Posiblemente se relajó con sus amigos y fumaron toda una tarde mirando la playa o las mismas estrellas o las rocas que cambiaban solo cada mil años, y me gusta creer, en este momento, que estuvo bajo un árbol como este y que su sombra lo protegió del calor e hizo que esa misma vez, tras reír un montón, se durmiera lentamente, perdiera la noción del tiempo y experimentara ese placer inigualable que solo se siente en ese pequeño espacio entre la vigilia y el sueño, en ese extracto de realidad donde lo imposible parece palpable y se planta frente a nosotros, por un instante, ínfimo, que se extiende infinitamente antes de cerrar los ojos.

*

Concepción, 11 de Abril de 2020